

LA VERDAD

DIARIO CATOLICO.

AÑO IV.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 centimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Sábado 3 de Abril de 1886.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0'25 centimos de peseta línea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defuncion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NUM. 956.

Se suscribe en la Administración, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro múltiplo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

Los Sres. Saro y Pardo,

dueños del almacén de vinos incendiado en la madrugada del 25, ponen en conocimiento del comercio y de sus numerosos favorecedores haberse trasladado á la calle de Mendez Nuñez, número 16.

4-4

A NUESTROS SUSCRITORES

Autorizado por la Administración de este periódico ha salido de esta ciudad un comisionado con el objeto de hacer efectivas cantidades que se adeudan á la misma.

Rogamos á nuestros suscritores que están en descubierto con esta Administración, en treguen á dicho comisionado las cantidades que adeuden, exigiendo al mismo el recibo correspondiente firmado y sellado que lleva al efecto.

Boletín Religioso

Santo de hoy.—S. Pancracio, ob., San Benigno, S. Ulpiano mr., S. Ricardo, ob. y San Benito de Palermo.

Hoy que las huelgas socialistas con su reata de crímenes y violencias preocupa con razón la atención del mundo, parécenos oportuno dar á conocer á nuestros lectores una de las conferencias que, bajo el epígrafe *La dinamita social*, leyó el año pasado en la Academia de la Juventud Católica de Sabadell el eminente escritor católico, consejero de la misma, D. Félix Sardá y Salvany.

Decía así el distinguido publicista en su tercera conferencia:

«Señores y amigos míos: No parece sino que á cada una de mis pobres peroraciones sobre esta materia tiene particular empeño el Socialismo en poner su correspondiente refrendo, á fin de que tengan de este modo más autoridad mis juicios y nadie dude (si aún alguien dudara pudiese) de su dolorosa exactitud. En efecto. Acábase de oír otra vez entre nosotros, desde nuestra última reunion, el estruendo de la Dinamita. Aquella certificación de vida del Socialismo, que por tan diferentes modos os hice ver se nos presentaba cada día, acaba de exhibirnos de nuevo con toda su aterradora voz, aunque también esta vez, y gracias sean dadas á Dios, sin más tristes consecuencias. Tal vez lo permite el cielo, para

que no sea solamente mi palabra la que os avise y os grite alerta, sino también la palabra de vuestros propios enemigos. ¿Dudaríais aún en escucharla?

La Dinamita social, os decía en mi última Conferencia, ó más claro y sin metáfora, el virus socialista, tiene su germen en el corazón de cada uno de nosotros. El corazón del hombre, pervertido por una primera avería que sufrió, y que la ciencia humana no sabe cómo explicar, pero que la verdad revelada explica por el dogma del pecado original, el corazón del hombre en sus nativas actuales condiciones, sin el pulimento y freno de la Religión, ó sea en bruto, es casi siempre socialista, y me atrevería á decir que lógicamente casi no puede ser otra cosa.

Recordad las consideraciones que en prueba de eso os aduje y que todos hallásteis en vuestro propio sér, haciéndoos de vosotros mismos minuciosa anatomía. No tengo, pues, que insistir en esas ideas, porque sería enojosa repetición. Demos un paso más, y como hemos visto al Socialismo en germen, estudiémoslo hoy en su desarrollo.

El hombre, os decía, trae en sí mismo el germen socialista. Pero, reparado, señores, y reparado bien. También trae en sí mismo los gérmenes ocultos de varias enfermedades del organismo humano, y sin embargo, estas enfermedades no se desarrollan en él más que en determinadas condiciones. Os dirán los médicos, y yo apelo á la autoridad científica de los que honran con su asistencia esta sesión, que los gérmenes morbosos, para desarrollarse, necesitan encontrarse en un cierto medio ó atmósfera ó conjunto de circunstancias que les sea favorable, y esta teoría tiene particular aplicación hoy que se sostiene como tesis fisiológica que los principales gérmenes morbosos y tal vez todos, no son sino seres orgánicos, ó verdaderos organismos, parásitos á su vez de nuestro organismo, que el microscopio estudia y describe, y que la tecnología llama *microbios*. De suerte que muchos individuos tendrán inoculado en sus vísceras el germen de la tisis ó del tífus ó del cólera, y sin embargo sólo algunos padecerán el desarrollo de estas terribles enfermedades, esto es, aquellos que se han puesto en condiciones de desarrollo para los respectivos gérmenes. Lo cual explica perfectamente la extensión de un desarrollo epidémico en un país ó en una época dada, esto es, cuando circunstancias físicas y aun tal vez morales de-

terminan el medio general favorable al desarrollo de tal ó cual germen que todos traemos de continuo en incubación.

Trasladándonos, señores, de la fisiología de los cuerpos á la fisiología de las almas, ahí tenéis explicado el desarrollo hoy día pasmosísimo del germen ó microbio socialista. Es una epidemia, señores; es el desarrollo de un germen que desde Adán traemos inoculado en nuestros corazones, pero que nunca hasta hoy había encontrado un *medio social* favorable á su desarrollo. Hoy, señores, además de hacernos á todos socialistas, como os decía, el original pecado, nos hace además socialistas la misma organización social. Mas claro: la sociedad actual es el primer club socialista. Voy á extenderme sobre este punto, aunque tal vez no pueda abrazarlo todo en la presente sesión.

La sociedad actual, señores, míos, anda preocupada un siglo há en resolver un problema difícilísimo. Si no temiera rebajar la importancia de mi asunto con una comparación muy casera, os diría que la sociedad actual estudia años há en sí misma como realizar el sueño de aquel hidalgo portugués, que quiso acostumbrar á su yegua á pisarse sin alimentos. Y casi lo había logrado el industrioso hidalgo, sólo que la triste cabalgadura dió en morir de miseria, precisamente cuando empezaba á acostumbrarse á tan original tratamiento.

Sí, señores míos, y perdonadme la bajeza del símil: este es el experimento dificultosísimo que un siglo há trae entre manos la sociedad actual. Organizarse y vivir y existir con el mínimo de Dios posible, y si es posible pasarse completamente sin Dios. Años y años há que está la sociedad ensayando en sí misma este terrible experimento. El experimento se va ensayando, es verdad, pero la sociedad va agonizando, como veis, en sus órganos más vitales; va pereciendo ni más ni menos que la famosa yegua del hidalgo portugués.

Dejémosnos de bromas y hablemos muy en serio, señores míos, que el asunto no puede serlo más. Hay empeño decidido en pasarse sin Dios; y Dios por su parte muestra empeño decidido en mostrar que nadie puede pasar sin Él.

Vedlo, señores; el mundo oficial ya no tiene Dios. Dios para el mundo oficial es un emblema que suele sacar tan solo en los días de ceremonia, cuando parecen exigirlo aun ciertas antiguas etiquetas. Pero Dios, como realidad viviente; Dios,

como resorte eficaz de la máquina gubernamental; Dios, como principio y fin que debe ser de todos los actos públicos y privados del hombre; Dios vivo, como con frase enérgica le llama la Escritura, no existe para el mundo oficial. Oficialmente, digámoslo sin rodeos, no se cree en Dios. Ni en nombre de Dios se dicta la ley, ni en nombre de Dios se juzga al infractor de ella, ni en nombre de Dios se aplica la penal sanción. La autoridad de origen divino, que es dogma de nuestra santa fé, es hoy para casi todos los hombres públicos una herejía política. Mucho menos, pues, será de origen divino la justicia, mucho menos familia. Todo se quiere nacido del hombre y solo para el hombre, de suerte que el hombre y no Dios sea el principio y el fin de sí mismo y de todas las cosas. Y en esto se inspiran todas las legislaciones, en esto se basan todos los procedimientos, en tal espíritu se ha informado todo el organismo social. Hay individuos que aun creen en Dios; sociedades creyentes ya no las hay. Hay, pues, una como atmósfera general de ateísmo, que se vé, se palpa, se siente, y que respiramos todos y que nos envenena á todos. Y hé aquí el *medio* adecuado ó favorable al desarrollo del germen socialista.

Pero me diréis: Hay individuos y muchos que creen en Dios y le sirven; hay multitud de familias creyentes todavía y fervorosas; de suerte que ateísmo si le hay, como dices, es por fortuna casi meramente oficial, es como un uniforme exterior con que les ha dado el capricho de engalanarse á las modernas sociedades; pero su alma, su interior no participan de este horrendo estravío.

Está bien: y ya veis que os recojo la argumentación sin atenuarla. No hay más que un ateísmo oficial ó legal si queréis; me resigno á concederle. Pero ¿creéis que es poco y que es de poca influencia ese mero ateísmo legal ú oficial que quisierais considerar tan solo como un exterior barniz? Pues, escuchadme unos breves momentos sobre este punto.

Bien se conoce, señores y amigos míos, que olvidáis por completo lo que es poderosa en toda sociedad la fuerza del oficialismo. Las doctrinas oficiales por sí solas suelen ser (humanamente hablando) impotentes para producir la convicción buena, pero son por desgracia poderosísimas, cuando son malas, para halagar y autorizar toda humana corrupción. Nuestro corazón, de suyo propenso á la tendencia socialista, no necesita

—245—

con la ternura, creo poder asegurar que todas las cosas concurrirán aquí á hacer la felicidad de mi esposa.

—Yo creo que Clara jamás se ha atrevido á miraros.

—Debo deciros francamente que mis visitas y mis obsequios siempre le han encontrado insensible é indiferente para conmigo. Quizás á fuera de tiempo y constancia llegaría yo á borrar esa primera mala impresión tan desfavorable á mis intereses; pero lo que es hasta hoy, no lo he conseguido todavía. También he notado que mi pretension no agrada á madama Heurty: ó le soy antipático, ó tal vez, sin saberlo ni quererlo, la he ofendido en algo: ella me recibe con finura, pero sin duda ninguna también contra todo su gusto.

—No es que la hayais ofendido; es que tiene otras miras acerca de su hija.

—Eso mismo ha respondido M. Heurty á mi padre, pero al mismo tiempo me ha estimulado á hacer incesantemente la corte á Clara sin cuidarme de los demás. Pero eso, señor cura, no me tranquiliza; entre la benevolencia del padre

minado mi elección, sin mirar á ninguna otra cosa, os diría una mentira conque otros muchos hombres en mi lugar no vacilarían en honrarse. Pero vos me tendréis en más estimación ahorrando decir esa mentira. Es lo cierto que si la señorita Heurty no tuviera más dote que su hermosura, probablemente no hubiera pensado yo en casarme con ella; y es también muy cierto que hubiera también renunciado á pedir su mano si no tuviera otra virtud que la dote, y si su alianza conmigo no se me presentase coronada con todo el atractivo de las conveniencias y con toda la poesía de la razón. La posición de mi familia me pone al abrigo de toda sospecha de avaricia: nuestra casa cuenta setenta años de existencia, y la fortuna de mi padre me dispensa de hacer de matrimonio una especulación.

—Jamás á ninguno de nosotros se ha ocurrido tal idea.

—Por lo que á mí toca, tengo la mejor de las madres y un padre que no piensa ni respira sino por mí y para mí. Yo sé que mi figura no es seductora; pero si este defecto puede compensarse

—244—

—241—

Entrábase en el castillo ó casa de M. Smithson á pié llano: las altas y anchurosas salas del entresuelo tenían toda la imponente gravedad de la arquitectura romana. El mueblaje ocultaba bajo una sencillez elegante su rica magnificencia: no se veían allí dorados ni relumbrón; pero al lado de esta opulencia modesta y de buen gusto, hubiera parecido el lujo chillón de M. Heurty miseria y puro oropel.

El abate Saintaz fué introducido por un lacayo de franco semblante y maneras atentas en un salón, donde muy pronto entró también Tiburcio.

Madama Heurty, siempre prevenida contra este jóven, le encontraba espantosamente feo; pero en ello andaba exagerada. Tiburcio, en verdad, no era lo que las muchachas llaman un lindo jóven. Su cabello y patillas, de color rojo, carecían de flexibilidad y finura; no era gracioso el óvalo de su rostro, ni mucho menos elegante, aunque en el conjunto no pudiera notarse repugnancia de ningún género. Su tez era de color blanco mate; la frialdad de su mirar apagado,

LOS AMIGOS DEL PUEBLO.—T. II. 40

más que verse oficialmente halagado y autorizado en esa su perversa tendencia para acabar de desenfundarse y desbordarse completamente en ella hasta los últimos delirios. Lo cual con todo sucede, pero de un modo particular con esta masa general casi siempre inconsciente, inconstante é impresionable que llamamos clase popular.

El pueblo, señores míos (y pueblo lo somos muchos más de lo que generalmente se cree), el pueblo, señores míos, es siempre (permitidme la expresión, con la cual no intento rebajar á nadie, sino solamente decir la verdad), es siempre, digo, un niño de menor edad. Dadle las vueltas que queráis al asunto: considerad, si queréis, como injuriosa para el llamado pueblo soberano mi apreciación; el pueblo es siempre un niño. El pueblo, esa gran masa sin principios fijos, sin condiciones de inteligencia para adquirírselos por sí propio, ha sido siempre un niño de más ó menos palmas de estatura. En la gran familia del género humano esos han sido siempre los hijos de menor edad, y en todos los siglos han necesitado tutor y curador. Eso del pueblo emancipado y del pueblo soberano, son sencillamente mentiras retóricas que se permiten los tribunos y los periodistas, pero que ningún filósofo considera como formales axiomas. No hay tal pueblo libre, ni tal pueblo rey. Hay sencillamente un hijo que se quiere salga de la jurisdicción de su curador, para pasar á la de otro que pretende desempeñar más á gusto propio la curatela. El gran curador del pueblo era antes la Iglesia, hoy es la revolución: no se ha hecho otra emancipación ni otro cambio.

Ahora bien, este niño de menor edad es el más susceptible á las impresiones de la atmósfera oficial. Como la vasta extensión del mar toma sucesivamente varios colores y matices, según se refleja en sus aguas la luz ora radiante, ora oscurecida del cielo en sus días claros ó de cerrazón, así refleja el pueblo maravillosamente en su vasta superficie, todas las tintas de la atmósfera oficial que sobre él se extiende.

Es fenómeno que vemos todos los días, aunque tal vez no nos fijamos bastante en él. Pasa en esa muchedumbre de niños de menor edad, lo que pasa en los de vuestras familias. Les da el tono, la palabra y el ejemplo de los mayores, y comunmente son los niños conforme al aire que respiran en el hogar.

Vamos, pues, á ver ahora en qué condiciones vive y se educa hoy día ese niño de menor edad que se llama pueblo. La madre natural y cariñosísima del pueblo y su legítima educadora era la Iglesia. Ejercía sobre él una influencia tal, que había logrado formarle, por decirlo así, á su imagen y semejanza. Pecados cometía, fragilidades había en él, que no hay niño por bien educado que sea, que no tenga en tal ó cual día sus rarezas y travesuras; pero el tenor de todos sus actos, el conjunto ordinario de ellos, la marcha general de sus ideas, eran, ya lo sabéis, el respeto, la sumisión; una cierta altivez cristiana que nada tenía de comun con el actual orgullo revolucionario; dignidad de carácter tan distinto de la bajeza como de la rebeldía; amor á sus iguales; compasión á sus inferiores; respeto á sus superio-

res en gerarquía social, de quienes se consideraba súbdito, pero al mismo tiempo hermano, nunca enemigo; del mismo modo que en la familia, el hermano menor no se juzga igual al mayor, ni con derecho á la misma herencia, mas no por esto deja de considerarse tan hijo de la familia como él, y de ostentar con gloria su mismo apellido.

Esta era y ¡cuan hermosa! la condición de la antigua sociedad cristiana bajo la tutela de la religión. Mas, por desdicha, hubo quien intentó suplantar á la iglesia en este cargo nobilísimo de tutora de los pueblos, y por mas desgracia aun, no solo lo intentó, sino que lo ha logrado. Empezó por introducir recelos y desconfianzas de los hijos contra la madre: ¡ya sabéis con qué infernal sistema de calumnias se ha conseguido hacerla aparecer á esta como la más fiera opresora de los pueblos á quienes amaba tanto!

Las palabras emancipación, libertad, soberanía, derechos absolutos, son siempre muy gratas á nuestro pobre corazón, y haciéndolas sonar un día y otro día á los oídos del pueblo incauto, se logró al fin que las creyese, y que mirase como su única felicidad verse libre de aquella amorosa tutela. Ya libre el pueblo, ya emancipado, ya soberano, el falso amigo que le sedujo con estas palabras y que le hizo abandonar el hogar de su madre se le ha impuesto ahora, como único tutor, en vez de ella. Sí, digámoslo otra vez muy alto, señores míos, la revolución educa hoy al pueblo, como antes le educaba la Iglesia de Dios. La revolución le impuso sus ideas satánicas como antes le imponía la Iglesia las suyas divinas.

Y conta el hermosísimo Decálogo de deberes con el catolicismo le obligaba á respetar á Dios, á su prójimo y á sí mismo, la revolución le dicta hoy otro mas seductor Decálogo, no de deberes, sino de falsos derechos, con los cuales le declara independiente y en guerra contra Dios, contra sus hermanos y contra su propio buen sentido.

(Se concluirá.)

LA VERDAD

Santander 3 de Abril de 1886.

Pisto político

Continúa dando juego el Sr. Castelar. Véase lo que dice *El Liberal* en los dos vueltas pluma siguientes:

«Y no se empeñe el ilustre orador en sacar las cosas de quicio con puerilidades indignas de su talento.

Si en 1873 la Asamblea federal le entregaba el poder para que formara un gobierno homogéneo, era porque la República estaba creada y se trataba de gobernar dentro de ella, dominando circunstancias extraordinarias.

La coalición de hoy, ya lo dicen sus bases, es para conquistar y organizar la República, no para gobernar dentro de ella.»

Pues entonces debe entrar el señor Castelar en el negocio para ver si de este modo le entregan por segunda vez el poder para formar gobierno.

¡Como no le entreguen!

De esta vez el canario, ¡caso atroz! se queda sin amigos y sin voz.

Otro:

—¿Qué cogida!
—Pero ¡que cogida!
—¡Vaya una cogida!
—¡Ni la del Tatol!
—¡Ni la de Pepetel!
—¡Ni la de Pepe-Hillo!

Hé ahí el coro entonado por toda la prensa archidivástica de la noche en honor de una habilidad trasnochada, que *El Globo*, en colaboración con *El Imparcial*, diario palaciego y ministerial, ha ideado y efectuado contra la coalición republicana, mediante una serie de trozos de cierto discurso pronunciado por D. Nicolas Salmeron.

Aparte demostramos que aquí no hay más «cogida» que la del Sr. Castelar, puesto que el discurso del Sr. Salmeron y el mañoso artículo de *El Globo* constituyen la prueba palpable de las lastimosas contradicciones del gran orador.

Por lo demás, falta le hacia al Sr. Castelar librarse de agudo y punzante mote que le puso, pocos años hace, un embajador extranjero, cuando al hacerse explicar lo que eran las corridas de toros y las novilladas, y al pasar de este asunto al de las semblanzas de nuestros políticos, exclamó *ex abundantia cordis*:

—Ahora comprendo el papel de Castelar en la política española. Es un republicano *embolado*.

Para probar lo contrario, trata el Sr. Castelar de herir á sus antiguos amigos.

¿Quién le aplaude?

La monarquía; cuya complicidad con el jefe del posibilismo nos mueve á recordar á éste el endecasílabo de Márcos Zapata:

¡En mala piedra afilas tu cuchillo!

A este paso esperamos que los republicanos coligados llegarán á hacer con el señor Castelar lo que los revolucionarios franceses hicieron con su ídolo el conde de Mirabeau, por suponerle, vendido á la corte; y que el día ménos pensado recorrerán las calles de Madrid un millar de chicuelos gritando:

«La gran traición del Sr. Castelar.»

Lo cual no dejaría de ser una honra para D. Emilio.

¡Ahí es nada!

¡Compararle á Mirabeau!

No se daría poco tonc el Sr. Castelar.

Con motivo de la llegada á Madrid del teniente de navío, Sr. Capriles, *El Correo* nos da los siguientes pormenores:

«...La narración de lo ocurrido en Yap, que hacia el marino á cuantas personas le interrogaban, es la misma que hace pocos días publicaron algunos periódicos por lo cual renunciamos á reproducirla hoy.

No hemos tratado de conocer su opinión sobre estos asuntos, reservando esto para ocasión más oportuna.»

Comentario de otro periódico:

«Hombre, sí; dejenlo ustedes para cuando hayan cesado las relaciones de amistad entre canovistas y sagastinos;

Para cuando haya dejado la cartera de Estado el Sr. Moret;

Para cuando Guillermo de Prusia no pueda reírse de la buena fé de los españoles;

Para cuando no pueda España exigir á nadie responsabilidad alguna.»

O para el juicio final que para el caso es igual.

Habla el diario mestizo: «Suponiendo *El Correo Catalán* que el señor Navarro Villoslada no nos ha dado, dice el diario integrista con la que es peculiar á todos los le su secta: «A todas estas trapazas solo diremos: «¿No te gusta el documento? «Pues toma tripita, hijo.» A quien deberá contárselo el periódico es á su correligionario el *Diario de Valencia*, de Valencia, cuya aparición del estado de la prensa, nos mos ciertamente, por las causas que la han motivado.»

¿Sí eh?

Pues toma tripita, hipotético; *Diario de Sevilla* ha vuelto á campaña para escarmiento de mestizo. Y te advertimos ahora, mestizo, que no te coja de sorpresa, que periódico carlista que muera de natural ó violenta, nacerá otro si no dos.

Supongo que ya sabrás que en Valencia hay uno nuevo carlista de pura raza, que se denomina *El Centro*. Conque toma tripita, hij, toma tripita.

Variedades.

Cambió el nivoso ceño de pardas nubes siempre encapotado, sembrando muerte y luto en la naturaleza aquí al robusto leño á flora allí despoja su pompa y su frescura; la vagarosa y muelle grama al prado, troncha la verde hoja, la pisa, la profana, y arrogante se pasea triunfante.

Se fué su planta impía, y vuelve la purpúrea primavera con traje ricamente guarnecido; ya junto á la alquería acá la rosa crece allá el clavel erguido. Riquísimo tesoro en la ladera pulula y reverdece, luciendo el valle matizada alfombra con variedad que asombra.

Cúbrese el alto risco de musgoso verdor; la fresca hojuela extiéndese y le esmalta en bello adorno; retornan al aprisco manadas en cuadrilla; repastada ovejuela sestea y busca pasto en el contorno. Intrépida cabrilla el corvo pico con audacia escala y el fresco arbusto tala.

Con celico donaire maneja su rabel el pastorcillo, las aveccillas vuelan presurosas: bandadas por el aire en remolino escuchan; mas ellas envidiosas los picos abren y en cantar sencillo con dulces trinos luchan por vencer al que á envidia las provoca cuando la flauta toca.

También el arroyuelo risueño y majestuoso se desliza entre la juncia, el mimbre y la espadaña por el guijoso suelo: doquiera lo enriquece

junto con cierto aire de reserva difundido en su semblante, le comunicaban á primera vista una especie de repulsión antipática. Pero, mirándole más despacio, se echaban de ver en su fisonomía, especialmente cuando la iluminaba la sonrisa, tanta franqueza, bondad y dulzura, que la repulsión primera se convertía en irresistible simpatía y afecto instintivo y fuerte.

Debió ser de buena estatura; pero de resultas de una caída cuando era niño, su busto tenía una ligera inclinación y el uno de los hombros era desigual en altura: ni las torturas de la horteopedia, ni los ejercicios gimnásticos pudieron jamás remediar esta deformidad.

Ya medio conquistado por los discursos del cura de Gerlay, el abate Saintaz ofreció al joven un corazón fácil de reducir.

Tiburcio no poseía esa charla fácil y brillante que llaman chispa ó agudeza, pero en cambio tenía una instrucción sólida y una conversación agradable. Diez minutos bastaron para que aquellos dos hombres se apreciaran, y para que la conversación, saliendo de los embarazos de la re-

serva, tomase una marcha más natural, confiada y amistosa.

—Tengo á mucha fortuna vuestra visita, señor cura, decía Tiburcio. Nunca me cupo la buena suerte de encontraros en vuestra parroquia; y os digo la verdad, porque realmente necesitaba de vos.

—Como no sea sino consejos lo que necesitáis, podeis disponer de mí.

—Consejos no más, efectivamente; pero muy preciosos, pues han de ayudarme á salir de la situación delicada y embarazosa en que me han colocado circunstancias no previstas por nosotros. Temo que mis pasos y diligencias no han agradado á madama Heurty.

—Señor, ella es madre, y cree muy legítimos los sentimientos que su hija le inspira. Si fuera el hijo de un rey quien viniera á pedir á Clara, eso parecería á mi hermana la cosa más natural del mundo.

—Si yo os dijera que únicamente el mérito de esa señorita vuestra sobrina, sus atractivos naturales y sus bellas cualidades son lo que ha deter-

por un lado y la oposición de la madre por otro me encuentro muy embarazado. Me reprochan introducir la discordia en una familia que hasta ahora gozaba de la paz y buena armonía. Este es mi apuro, y opináis que debo hacer en tal conflicto?

—Entiendo que en caso como este deberíais mar por único consejero á vuestro hermano.

—Mi corazón sería juez y parte á un tiempo, y no puedo tomarle por árbitro tan imparcial y discreto. Si solamente dieran oídos á lo que me dicta, yo disputaría vuestra sobrina entera, porque mis intenciones son rectas y honestas, y mi conciencia nada tendría que reprocharme en cara. Y en esta clase de luchas, el que gana es á los ojos del mundo el que va bien y triunfa. Tiene razón. Pero yo, ante todo, lo que quiero es que mi felicidad no cueste á nadie ni un ápice de sentimiento y dolor.

—Verdaderamente os honra tanto escusar Clara es muy niña... á quien hay que respetar es á la madre.

